





Vladimir
Putin





Vladimir Putin

Frédéric Pons

Traducción de Jaime Arrambide



A

Pons, Frédéric

Vladimir Putin / Frédéric Pons. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

368 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Jaime Arrambide.

ISBN 978-950-02-9974-9

1. Biografías. I. Arrambide, Jaime, trad. II. Título.

CDD 324.2092

Vladimir Putin

Título original: *Poutine*

Autor: Frédéric Pons

© Calmann- Lévy, 2014

Traductor: Jaime Arrambide

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenoe.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1ª edición: mayo de 2017

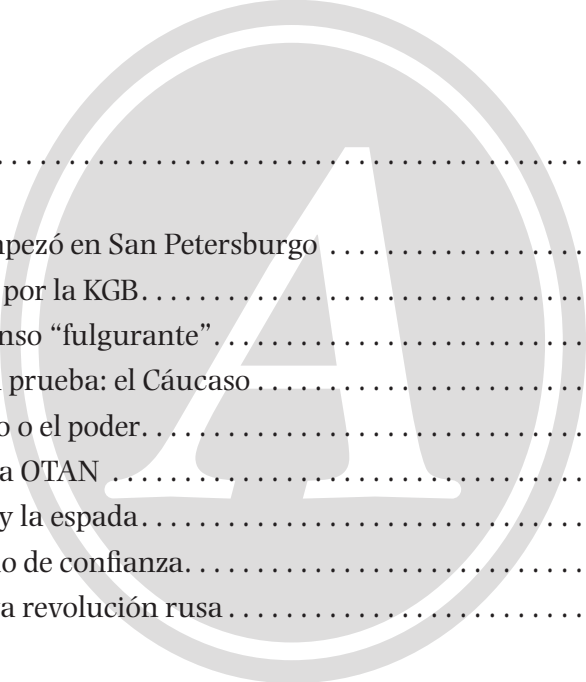
ISBN 978-950-02-9974-9

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice



Prefacio	11
1. Todo empezó en San Petersburgo	27
2. De paso por la KGB.	55
3. Un ascenso “fulgurante”	85
4. Primera prueba: el Cáucaso	115
5. El dinero o el poder.	155
6. El no a la OTAN	195
7. La cruz y la espada.	237
8. El círculo de confianza.	275
9. La nueva revolución rusa	303
Anexo	343



*Cuando el odio o el favor de la multitud
caen sobre un hombre,
hay que analizar por qué.*

CONFUCIO





Prefacio

2000-2014: tras dos mandatos consecutivos de cuatro años al frente de la Federación Rusa, de 2000 a 2004 y de 2004 a 2008, y otros cuatro años como primer ministro del presidente Dmitri Medvédev (2008-2012), Vladimir Putin comenzó en 2012 su tercer mandato presidencial. A partir de la reforma constitucional de 2010, la duración del mandato pasó a ser de seis años. Por lo tanto, Putin está seguro de permanecer en el poder hasta marzo de 2018. Si en esa fecha se presentara a las elecciones presidenciales y las ganara –algo que hoy por hoy parece posible–, podría permanecer al frente de Rusia hasta 2024. ¡Son veinticuatro años en el poder! Se convertiría en el “reinado” más largo de un dirigente ruso desde la muerte de Stalin, en 1953.

Ya sea que lo amemos o lo detestemos, Vladimir Putin está ahí desde hace mucho tiempo y ahí estará por mucho tiempo más. Esa permanencia es tan excepcional como lo son su “revolución” y el impacto de su presencia en las relaciones de Rusia con el resto del mundo. Y esos hechos deben ser analizados sin los filtros mediáticos que por lo general solo se quedan con la espuma de las cosas. Lo cierto es que desde hace años, la mayoría de los artículos periodísticos o los análisis sobre Putin que circulan en Occidente son

inriminatorios. Sobre su controvertida personalidad y sus ideas, que a muchos les resultan intolerables, cunde un conformismo intelectual que es necesario superar para analizar al hombre y al país que lo ha llevado al poder, cuidándonos de no caer en el eurocentrismo típico de Occidente y en los contrasentidos que suele provocar. En materia de relaciones internacionales, la política del avestruz jamás ha dado buenos resultados: enterrar la cabeza suele ser sinónimo de catástrofes.

Para ser clara y sobre todo útil, esta biografía política del amo del Kremlin debía ser lúcida para evitar dos escollos: los presupuestos ideológicos ligados al pasado soviético y al presente reaccionario de Putin, por un lado, y la simplificación excesiva resultante de la simpatía o antipatía que la personalidad de Putin pueda suscitar en el mundo. El desciframiento de la Rusia contemporánea y de su presidente, temas centrales de este libro, merecían más que el consabido catálogo de anatemas o de incongruentes elogios. “Ni culpo ni alabo, solamente relato”, decía el excepcional Beaumarchais.

Nadie es indiferente ante la figura de Vladimir Putin. Los años pasan y eso no ha cambiado. Por el contrario. Algunos lo adoran, sobre todo en Rusia y el mundo eslavo. Muchos lo detestan, principalmente en Occidente y en los ambientes intelectuales. Es cierto que Putin nunca ha hecho demasiados esfuerzos por hacerse querer, salvo quizás hacia sus conciudadanos, que mayoritariamente le han correspondido. Ese apoyo, una admiración a veces rayana en la devoción, se verifica en los repetidos resultados electorales a su favor en toda Rusia, un hecho que se ha podido constatar, con diversos grados de adhesión pero de manera constante, en cada sufragio desde el año 2000. Ese apoyo se ha erosionado entre las élites urbanas y modernas de las grandes ciudades de Rusia, donde

vive la mayoría de sus opositores, pero sigue siendo masivo en la Rusia profunda.

Esa mayoría silenciosa que vota a Putin contra viento y marea no oculta su nostalgia por el orden, la seguridad y la grandeza, que la memoria colectiva del país asocia a los dos regímenes que precedieron a la actual república federal de Rusia: el imperio blanco de los zares y el orden rojo de los soviéticos, dos sistemas autocráticos —es lo menos que se puede decir—, marcados por un mismo centralismo que irradiaba en un caso desde San Petersburgo y en el otro desde Moscú, y por la misma tutela de acero impuesta por la policía política, desde la Ojrana fiel al emperador de “todas las Rusias”, hasta la KGB comprometida con el partido de los trabajadores. Esa tradición subsiste hasta la fecha. Putin es su heredero. Desde la imponente fortaleza de muros rojos del Kremlin, Putin comanda el país con mano de hierro, apoyándose en el Servicio Federal de Seguridad (FSB, por su sigla en ruso), que se encuentra bajo sus órdenes directas.

Ni su físico, ni su derrotero, ni su actitud actual frente al mundo exterior le hacen ningún favor a Vladimir Putin. De modesta estatura, cabello ralo, gélidos ojos azules y poco dado a sonreír, Putin no exuda precisamente carisma, ese pequeño suplemento de humanidad que se les reconoce a ciertos jefes de Estado occidentales, que suelen ser más sueltos, más sonrientes, más informales y seguramente más conocedores de los códigos de comunicación modernos de nuestra sociedad del espectáculo, la emoción y la empatía.

Putin es un hombre fornido, de una densidad física que llega a impresionar a sus interlocutores. La práctica intensiva de yudo y natación le han forjado una musculatura que a veces exhibe en fotografías “viriles” tomadas en plena naturaleza. Los deportes de combate le han conferido un aspecto compacto que limita su

gestualidad, a riesgo de hacerlo parecer torpe. Al caminar, se contonea levemente y solo balancea el brazo izquierdo, como si el derecho, el brazo de ataque, estuviese siempre listo para lanzarle un gancho a su adversario. Nada en su figura inspira relajación o simpatía. Es gracioso verlo en las cumbres internacionales, rodeado de sus pares de otros países: a su lado, el basquetbolista Barack Obama, todo brazos, piernas y sonrisas, parece un títere desarticulado; Nicolas Sarkozy, de la misma estatura de Putin, es como una marioneta eléctrica, y François Hollande, un muñeco involcable.

Putin no muestra jamás sus emociones, como se verá en los numerosos ejemplos citados en los capítulos siguientes. El niño tímido ha devenido en adulto reservado, siempre atento a no revelar nada sobre sí mismo. De la práctica de las artes marciales a alto nivel y de su pasión por el ajedrez, que en Rusia es un deporte nacional, ha adoptado una verdadera disciplina del comportamiento, que también ha convertido en una estrategia de negociación política y que aplica al pie de la letra frente a todos sus interlocutores, sean rusos o extranjeros. Esa práctica se reduce a dos palabras: disimular y sorprender. O esperar y golpear. Como en el yudo, se cuida de no mostrar nunca temor, de no revelar jamás su juego, de sorprender siempre a su adversario para conservar la iniciativa, para poder golpear en el momento que el otro menos se lo espera.

Todos los que han tenido que negociar con él describen su extrema reserva inicial –que le sirve para observar y asimilar las debilidades de su oponente–, y sus repentinas ideas posteriores. Más de una vez, esa estrategia ha tomado por sorpresa a quienes no habían dilucidado su juego ni anticipado sus golpes, a quienes lo habían subestimado, dejándose engañar por su sonrisa tímida y su aparente rudeza física. Así fue que Putin enfrentó y les ganó a oligarcas como

Berezovski y Jodorkovski , poniéndolos en vereda, y a los gobernadores regionales, a los que encarriló con puño de hierro. Y así se manejó también durante las recientes crisis internacionales en Georgia, Ucrania, Crimea, Irán y Siria.

Podría creerse que el actual amo del Kremlin conserva los viejos métodos aprendidos en la KGB, ahora convertidos en manías, y que su aspecto de hombre infranqueable es el del antiguo agente de inteligencia política que supo ser. Pero ese gusto por el secreto y ese arte para la maniobra y la respuesta fulminante ya los tenía desde la infancia, mucho antes de entrar en los servicios. Por supuesto que se impregnó de la formación profesional que recibió en la escuela de la KGB soviética, pero mucho menos de lo que se cree, por más que su pasado como miembro de ese servicio represivo haya contribuido enormemente a manchar su imagen en Occidente. Sin lugar a dudas, ese pasado distorsiona la mirada occidental sobre sus políticas y su persona.

Putin formó parte de los servicios secretos durante quince años. No fue una carrera gloriosa. Es más, a la luz de todas las fuentes y testimonios disponibles actualmente, su tarea era más bien monótona. Putin no fue uno de esos superespías soviéticos perseguidos por todos los servicios de inteligencia de Occidente. Nunca se asemejó a un temible James Bond venido desde el Este para convencer y convertir a agentes extranjeros y manipular fuentes de información. No era un 007 rojo que durante la Guerra Fría se movía en las sombras y, pistola en mano, hacía uso de sus encantos entre bellas mujeres eslavas, obviamente fatales. Su carrera fue la de un funcionario serio, concienzudo, pero deslucido. Su ascenso en la jerarquía del funcionariado fue la normal para los estándares habituales en la KGB, ni lento, ni rápido. Sus ascensos y condecoraciones no tienen nada de excepcional: los obtuvo por antigüedad.

Funcionario mediocre, Vladimir Putin se encargaba del fichado de los círculos religiosos y culturales disidentes. Debería esperar diez años hasta poder aspirar a un destino en el extranjero. Anhelaba que lo enviaran a Occidente y le tocó Alemania Oriental, una república satélite, ciertamente menos glamorosa que Alemania Occidental, Francia o los Estados Unidos. Entonces quiso que fuese Berlín Oriental, en ese momento uno de los nodos cruciales de la inteligencia y el espionaje, pero lo mandaron a Dresde, una ciudad sajona de segundo plano. Había soñado con espiar a Occidente para darle golpes a la OTAN y a los Estados Unidos, pero tuvo que seguir fichando a alemanes del Este. Así se entienden mejor sus deseos de abandonar la KGB, en 1990, tras quince años muy poco gratificantes. Y ocho años después, cuando vuelve a los servicios como su jefe máximo, Putin lo hace a regañadientes. Quien no había sido más que un oscuro teniente coronel estaba asombrado de haber sido ascendido obligadamente al rango de general para que pudiese asumir la dirección del FSB, sucesor de la KGB.

Ese paso por los servicios secretos, una estructura represiva a cargo de la vigilancia de los disidentes, sigue empañando su imagen, y lleva pegado en su piel el término peyorativo de “antiguo kagebista”. Utilizado hasta el hartazgo, parece que ese mote debería servir para probar la idea de un vasto complot urdido en las sombras por los servicios secretos para llevar a Putin al poder y mantenerlo allí todo el tiempo posible. Se trata en parte de una fantasía repetida en libro tras libro, donde siempre hay lugar para las teorías conspirativas. Y si bien podía creerse eso a principios de la década de 2000, hoy ya no es el caso. En este libro veremos que si bien Putin contó al principio con el apoyo de la KGB y otras estructuras de las fuerzas de seguridad –las famosas *siloviki*–, en línea con la

gran tradición de los dirigentes rusos, al final terminó sirviéndose de ellas más que rindiéndoles servicio. Prudente y pragmático, en realidad Putin utilizó múltiples redes que jugaron a su favor, empezando por los amigos y contactos que le siguieron siendo fieles en San Petersburgo o la “mafia” de los gobernadores regionales.

La etiqueta de “kagebista” y su gusto por el secreto y el realismo marcial que estructuran su política no lo convierten en un personaje simpático. Eso es cierto sobre todo en Occidente, donde siempre se espera que la comunicación sea permanente, abierta, ostensiblemente relajada, y donde con excepción de Gran Bretaña, los servicios secretos huelen a azufre y a malas artes. Putin “cae mal”. ¿Importa eso? El problema no es amarlo u odiarlo, sino más bien entender por qué la voz de Rusia es tanto más importante que hace diez años en el tablero internacional, y entender que es imposible lidiar con ninguno de los acuciantes problemas actuales ignorando a Rusia o confinándola al ostracismo.

Hacerlo sería una trampa. Por más que genere una ilusión de beneficio, esa postura conduce a la parálisis y posterior deceso del juego diplomático. En su momento, también obligaría a cederle el lugar a otros, más pragmáticos o más dependientes del oso ruso. Sobre este punto, quien fue ministro de Relaciones Exteriores de François Mitterrand, Hubert Védrine, nos dejó francas lecciones de *realpolitik* que la mayoría de sus sucesores parecieron olvidar.

Es cierto que Putin hace poco y nada por mejorar la percepción que se tiene de él en Occidente. ¿Pero hace falta repetirlo? Putin trabaja prioritariamente para sus compatriotas, que en su mayoría están felices de haber vuelto a encontrar un jefe, con fama de duro pero justo, y que es “patriota e imperial”. Los rusos vienen refrendando su “putinismo” desde el año 2000, un contraste absoluto con la degradada imagen que tienen de la casi totalidad de los dirigentes

rusos desde Stalin, humillante para Rusia. Los sondeos muestran que los rusos tienen un mal recuerdo de los gerontes y enfermos *apparatchiks* de las postrimerías de la Unión Soviética, como Leonid Brézhnev, Yuri Andropov, Konstantín Chernenko. No lamentan el liderazgo veleidoso y desbordado de Mijaíl Gorbachov durante la agonía de la Unión Soviética, la Perestroika, a partir de 1985. Prefieren olvidar a ese presidente enfermo, alcohólico y manipulable que fue Boris Yeltsin tras la muerte de la Unión Soviética, entre 1991 y 2000. Humillada por el repliegue ruso desde 1991, asqueada por el saqueo de las riquezas del país, obsesionada por la sensación irreprimible de un encierro urdido por potencias supuestamente hostiles, esa Rusia profunda supo reconocerse en el ambicioso proyecto restaurador que le propuso su presidente.

¿Qué quiere Vladimir Putin? ¿Hacia dónde va? Él mismo ha respondido esos interrogantes en numerosas ocasiones desde el año 2000. A veces ignoradas o mal traducidas, muchas veces tergiversadas, sus propuestas dan la clave de sus acciones pasadas y futuras, y de su mirada sobre Occidente y Asia. Y si bien evidencia un rasgo de carácter, su brutalidad es también la contracara de la catastrófica situación en la que encontró a Rusia en 2000, de la que tanto le cuesta salir.

Putin tiene los días contados. Lo sabe y lo dice. Ese cinismo y ese desprecio por los derechos humanos que se le achacan le permiten ir a lo esencial. Quiere ir a fondo, sin dejarse demorar o enredar por todas esas razones, justificadas o no, que hacen que tantos jefes de Estado no cambien nada ni intenten nada nuevo desde el momento en que llegan al poder, para tratar de conservar los aparentes consensos, para no arriesgarse a generar un desorden momentáneo. Exactamente ese inmovilismo político que se les reprocha a dirigentes como Barack Obama en los Estados Unidos y François

Hollande en Francia. Por el contrario, el decidido activismo de Putin desentona y molesta. Es consciente de que no se ciñe a los estándares internacionales en materia de derechos humanos. Ya lo ha reconocido. Él invoca el respeto por las tradiciones culturales de la sociedad rusa. Insiste en la necesidad de que Rusia salga de su encrucijada, para reinstaurarla como una de las superpotencias del siglo XXI. A eso se dedica desde el comienzo de su primera presidencia, aceptando “romper algunos platos”. Para los próximos diez años, su ambición es estabilizar a Rusia y entregarles a las generaciones futuras una sociedad ordenada, pacificada, capaz de alcanzar los estándares de vida occidentales. La hora de la verdad de la era Putin sonará en el año 2024.

En su país, al igual que en la escena internacional, el amo del Kremlin no tiene nada de conservador. Es un revolucionario apurado. Trastoca las estructuras, espolea a las personas y no duda un instante a la hora de cuestionar el orden internacional cuando se trata de defender los que en su opinión son los más altos intereses de Rusia. Por momentos flexible, por momentos brutal, rara vez simpático y las más de las veces gélido, Putin maniobra echando mano de todos los medios a su disposición. Está rodeado de personas de su mismo temple que lo ayudan y asesoran, empezando por su ministro de Relaciones Exteriores, el seductor Serguéi Lavrov, indudablemente el diplomático más hábil de su generación. El presidente ruso no titubea en recurrir a las armas. Ya lo vimos operar en Chechenia y en Georgia. También domina a la perfección las reglas de la manipulación y la propaganda, un legado de la KGB en el que los rusos son maestros, como quedó demostrado en Ucrania y Crimea.

Vladimir Putin no es obtuso. De hecho, abrió el juego a Occidente en numerosas ocasiones, algo que tenemos tendencia a

olvidar. Ha repetido su preocupación en numerosos discursos: no aspira a cortar a Rusia de Europa, porque sabe que allí se encuentran parte de las raíces y de los intereses rusos. Fue precisamente a los europeos a los que les propuso construir “una Europa desde Lisboa hasta Vladivostok”, con la implementación de un “programa de desarrollo mutuo, con un régimen comercial preferencial”. Según su análisis, esa asociación aspiraría a ser “un espacio común de desarrollo de los proyectos del futuro, desde la salud hasta la defensa espacial”. Su propuesta tuvo poco eco. Sumida en una crisis económica e identitaria sin fin, Europa todavía no está lista para ese avance estratégico. A los ojos de muchos, Putin sigue siendo demasiado cínico y está lleno de intenciones ocultas.

Como de costumbre, detrás de ese desdén los rusos vieron la mano de los Estados Unidos, como lo resumió Serguéi Gláziev, uno de los principales asesores económicos del Kremlin, en una entrevista televisiva del 24 de julio de 2014: “En vez de la zona de desarrollo desde Lisboa hasta Vladivostok que propone el presidente Putin, los Estados Unidos quieren desencadenar una guerra caótica en toda Europa, depreciar el capital europeo, borrar de un plumazo todas las deudas que agobian a los Estados Unidos, borrar todas sus deudas con Rusia y Europa, someter sus espacios económicos y tomar el control de los recursos del inconmensurable territorio eurasiático”. Para los estrategas rusos, su país es víctima de esa política, rebautizada como “asociación oriental”: “El arma elegida contra Rusia es Ucrania, donde el pueblo es carne de cañón de esta nueva guerra”.

Escarmentado, Putin empezó a mirar hacia Oriente, una estrategia de sustitución que lo lleva a impulsar una gran unidad eurasiática, que abarque desde Asia Central hasta la China. La primera etapa es una unión aduanera, en el seno de un espacio económico

común construido con Bielorrusia y Kazajistán, y pronto también Kirguistán y Armenia. El cálculo de Putin es que Rusia sea el pivote de esa unión destinada a hacer frente a la hiperpotencia norteamericana y a parir un nuevo mundo del siglo XXI, menos unipolar que el del siglo anterior.

A ese proyecto le falta una pieza clave, Ucrania, esencial para esa arquitectura imaginada en Moscú. “Ucrania es parte de nuestro espacio económico desde hace siglos –sostiene Serguéi Gláziév–. Nuestro complejo científico e industrial fue concebido como un todo. En consecuencia, la participación de Ucrania en la integración eurasiática es tan natural como crucial. La idea de una *asociación oriental* fue pensada para impedir que Ucrania participase del proyecto de integración eurasiática, haciéndole firmar un acuerdo de asociación con la Unión Europea”. Los analistas rusos son formales: el objetivo de los Estados Unidos en Ucrania sería “provocar a Rusia y arrastrar a la guerra a toda Europa”. Según esa visión catastrofista que rige en Moscú, el presidente ucraniano Petró Poroshenko es un títere de los Estados Unidos y Europa: “Es por eso que Poroshenko rechaza todas las propuestas de negociación y bloquea todos los tratados de paz. Hemos calculado que la Unión Europea perderá un billón de euros a causa de las sanciones impuestas a Rusia por los norteamericanos”.

Lo que quiere por sobre todas las cosas Vladimir Putin es que Rusia escape de su letal ciclo de retrocesos y humillaciones que soporta desde hace más de treinta años. Quiere recuperar el poderío ruso, en todos los planos, y reparar los efectos nocivos de las múltiples “catástrofes” sucesivas que sufrieron entre mediados de la década de 1970 y fines de la década de 1990. Para empezar, entre 1975 y 1990 se produjo la larga agonía del modelo soviético, más

de veinte años de deterioro de un sistema que sufrió primero la competencia, y luego la asfixia, del modelo liberal anclado en la economía de mercado. Después siguieron diez años de total humillación del país, desde 1990 hasta 2000. Rusia fue obligada a abandonar decenas de miles de kilómetros cuadrados conquistados por las generaciones precedentes y a millones de personas que se habían convertido en ciudadanos soviéticos o estaban en vías de rusificación. El Estado ruso perdió toda autoridad y dejó todas sus prerrogativas en manos de los sátrapas locales y los especuladores. La vida política fue vendida al mejor postor. El saqueo de las riquezas nacionales duró más de diez años. La economía del país quedó devastada.

Ese doloroso pasado explica la ambición de Putin, su determinación y su popularidad entre el electorado. Salvando las distancias, su proceso de restauración se asemeja al ocurrido en Francia tras la Revolución francesa con Napoleón. El general devenido emperador estabilizó el país y restableció el orden por medio de “la dictadura de la ley”. Restauró el lustre y el poderío francés al precio, hay que decirlo, de los grandes sufrimientos derivados de las guerras napoleónicas. Putin también se propuso devolverle autoridad al Estado y el gobierno rusos. Las regiones que sentían la tentación de exigir mayor autonomía fueron recuperadas y puestas bajo la estricta tutela del Poder Ejecutivo y la justicia federal.

Las grandes empresas que garantizan las riquezas esenciales del país también son puestas al servicio de la política del Kremlin. Los casos más emblemáticos tal vez sean los de Gazprom, primer exportador mundial de gas, con negocios por 118.000 millones de dólares, y Rosneft, con 90.000 millones de dólares en negocios de producción y exportación de petróleo. Dirigidas por hombres cercanos a Putin (Alexei Miller en Gazprom e Igor Sechin en Rosneft),

y ubicadas en las primeras filas de las grandes corporaciones globales, esas empresas son el as de triunfo de la economía rusa y al mismo tiempo un arma al servicio de la diplomacia llevada adelante por Moscú. Y el Kremlin no lo oculta. La crisis ucraniana y las marchas y contramarchas de la Unión Europea al respecto se explican en parte por la fuerte presión que ejerce el gas ruso sobre el gobierno de Kiev y toda Europa.

Vladimir Putin lleva su proyecto de restauración global a punta de látigo, como puede constatarse en sus decididos intentos por invertir la curva demográfica de Rusia, catastrófica desde hace cuarenta años. En Rusia se construyen más ataúdes que cunas. Los demógrafos comparan la caída de la población rusa con un verdadero suicidio colectivo. Horadada por los fracasos, las desilusiones y la pérdida de toda esperanza en el porvenir, la Rusia eslava estaba en vías de extinción. La recuperación del orden y la confianza hoy se traduce en un todavía tímido repunte de la natalidad.

Pero aún falta y esa batalla no está ganada. Tal vez por eso para Putin ese tema sea tan prioritario y haya aplicado una política familiar voluntarista, con leyes coercitivas que más de una vez despertaron indignación en ciertos círculos. Con el apoyo de la Iglesia ortodoxa, enrolada por el Kremlin con su campaña a favor de la familia, la prohibición de la “propaganda homosexual”, votada en Rusia en 2013, se explica por el temor a ver desaparecer los “valores rusos”, un modelo de sociedad al que parece apegada la mayoría de la población. En efecto, la Iglesia y la clase política temen que el país sea invadido por costumbres importadas de un “Occidente decadente”. Algunos incluso ven un complot destinado a debilitar “el alma rusa” y hacen un acto de resistencia a la norteamericanización del mundo. Al igual que Putin, muchos piensan que lo más importante es repoblar el país, y eso sólo les parece posible si se cumplen dos

condiciones: la implementación de una verdadera política familiar para promover la natalidad y la estabilidad rusas, y la penalización de todo aquello que pone en riesgo la integridad de la familia, célula natural y básica de la sociedad, y la mejor adaptada y segura para criar a los niños y asegurarles el mejor desarrollo posible.

El modo en que Putin encarrilló a los oligarcas también evidencia una determinación que no conoce de obstáculos. Acostumbrados a una total impunidad durante más de quince años, los mayores especuladores de Rusia fueron expulsados de la política, coto exclusivo del Kremlin, y enviados a ocuparse pura y únicamente de sus negocios, sin olvidarse de “servir los intereses nacionales de Rusia”. Las reglas de juego de Putin siempre fueron claras. Los recalcitrantes fueron castigados. Muchos optaron por el exilio definitivo o temporario, como Boris Berezovski o Vladimir Gusinski. Algunas muertes sospechosas han acertado esa lista, como el deceso de Berezovski, ocurrido en Londres el 23 de marzo de 2013, en circunstancias que obligaron a la justicia británica a abrir una investigación que todavía está en curso. Otros debieron sufrir el látigo de la justicia rusa, claramente bajo órdenes. Pagaron con largos años de prisión en Siberia tanto por su oscuro enriquecimiento, como por su oposición frontal a Putin. Para Occidente, el símbolo de ese encarnizamiento del Kremlin es Mijaíl Jodorkovski, que tras ser liberado de prisión y despojado de sus bienes, tuvo que exiliarse en Suiza.

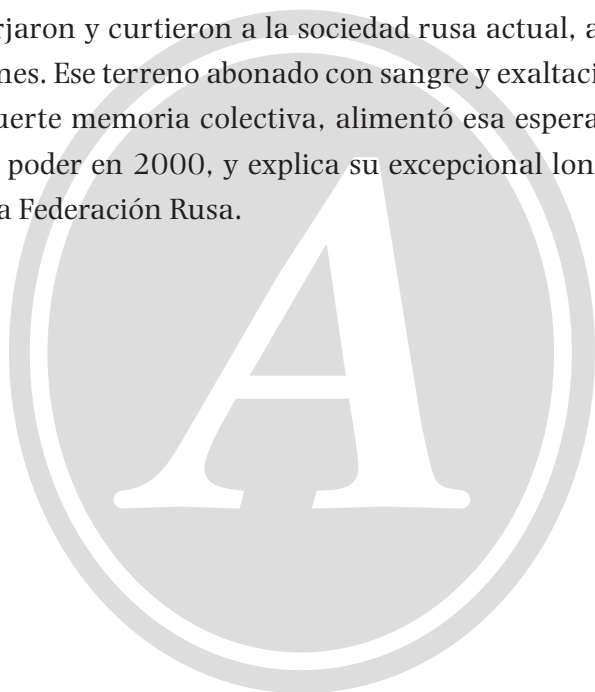
Esa brutalidad del Kremlin deja atónito y choqueado a Occidente, ¿pero hace falta recordar que se inscribe dentro de la tradición de los autócratas rusos y que Rusia está todavía muy lejos de los plácidos estándares que rigen en las democracias liberales occidentales desde hace más de dos siglos? Con un territorio que abarca once husos horarios, desde la Europa eslava hasta la Siberia

asiática, el país más grande del mundo está muy lejos aún de los niveles de desarrollo humano alcanzados por Occidente. Pretender juzgar su evolución, para luego condenarla, considerando exclusivamente los criterios políticos y sociales que rigen actualmente en los países occidentales, resulta imprudente y pretencioso. Convencidos con demasiada frecuencia de ser la encarnación del “bien” y de tener que imponérselo al mundo entero, en este aspecto los occidentales hacen gala de petulancia. Olvidan los largos años que anduvieron a los tumbos, a veces sumidos en la violencia y la injusticia, antes de alcanzar su madurez democrática actual. Esa actitud moralizante suele distorsionar la mirada de los analistas sobre la Rusia de Putin y también genera ese rechazo hacia Occidente que se verifica en Oriente y en el Sur.

Exigirles a los rusos que caminen a nuestro ritmo y que lo hagan ya, que adopten sin demora nuestros valores y gustos, solo tiene sentido si antes hacemos el esfuerzo de entender su dramática historia reciente. En menos de un siglo, los rusos han sufrido tres profundos quiebres políticos y morales: la Revolución bolchevique de 1917, seguida del éxodo de una parte de las élites y de un retroceso económico calamitoso; luego el desplome del Imperio soviético y del régimen comunista en 1991, con una nueva pérdida de valores y referencias para varias generaciones; y finalmente la increíble etapa de anarquía en la que se sumió Rusia entre 1991 y 2000, que terminó con el saqueo del país, su colapso administrativo, su retroceso militar y diplomático, y su derrumbe demográfico.

A los rusos también les tocaron tragedias nacionales que no se comparan con las de otros países. El recuerdo de los millones de muertos de su “siglo rojo sangre” carcome la memoria profunda del país. Los rusos no olvidan ni un momento las hambrunas genocidas y las purgas masivas organizadas por Stalin para consolidar su

poder. Conservan el orgullo y el dolor de su Gran Guerra Patriótica contra los nazis (1941-1945), una tragedia que costó la vida de más ciudadanos rusos que de todos los demás países aliados juntos. Cargan con la vergüenza del inmenso sistema concentracionario soviético de los gulags, cuyos secretos todavía no han sido del todo revelados. Esas revoluciones y esos crímenes contra la humanidad, esos avances tan veloces como brutales fueron los retrocesos, son los que forjaron y curtieron a la sociedad rusa actual, a todas sus generaciones. Ese terreno abonado con sangre y exaltación engendró una fuerte memoria colectiva, alimentó esa espera que llevó a Putin al poder en 2000, y explica su excepcional longevidad al frente de la Federación Rusa.



Todo empezó en San Petersburgo

En caso de nueva inestabilidad social, nuestra amarga experiencia nacional nos ayudará a prevenir funestos fracasos.

ALEXANDR SOLIENITSIN, 2007

Vladimir Putin es heredero de un país sumamente complejo y de una historia nacional de las más violentas y convulsionadas de los últimos cien años. Nunca debe perderse de vista ese dato cuando se piensa en Rusia y en el lugar de Vladimir Putin en la historia rusa contemporánea. El líder del Kremlin enfrenta la complejidad del país más grande del mundo: un territorio de 17 millones de kilómetros cuadrados, con 11 husos horarios, 148 millones de habitantes y un mosaico de 150 grupos étnicos diferentes y con religiones distintas, entre ellas, aún hoy, la “religión comunista”. Vista desde Moscú, la situación geográfica de Rusia habla por sí sola: los mapas rusos, de hecho, sitúan el país exactamente entre los Estados Unidos de América, la superpotencia actual, y China, la superpotencia del mañana. Allá lejos, en el oeste remoto, asoma un istmo de territorio, fracturado en una treintena de pequeños países: la vieja Europa Occidental.

La geopolítica actual de Rusia, marcada por posturas o decisiones no siempre inteligibles y a veces incomprendidas –ya que algunos no quieren comprenderlas– debe analizarse desde ese enfoque geográfico que explica la estrategia y la política de Vladimir Putin. El presidente ruso se sitúa en la realidad de su país, pero

también en su historia, al igual que todos sus coterráneos eslavos, siempre con la nostalgia a flor de piel. Y esto es particularmente cierto en la Rusia de la década de 2010. Los rusos redescubren su pasado, a veces pasmados, las más de las veces con orgullo. Putin es heredero de la historia de un país que nunca ha conocido realmente la democracia y la libertad en el sentido occidental, excepto tal vez, aunque caótica y muy imperfectamente, durante los últimos veinte años. Sin transición alguna, los rusos pasaron del imperio autoritario y religioso de los zares al imperio dictatorial e ideológico de los soviéticos, y casi no han tenido experiencias de continuidad en pluralismo político, economía de mercado, práctica de libertades individuales y públicas, o separación de poderes. Recién ahora se están enterando de todo eso que hace a la vida cotidiana en las democracias del mundo, una experiencia común que se forjó en los últimos doscientos años. Para Rusia, ese proceso empezó hace apenas veinte años, con la caída de la Unión Soviética (1991), y recién se consolidaría algunos años más tarde, al final del período de caos y anarquía que signaron las dos presidencias de Boris Yeltsin (1991-2000).

En el transcurso de un solo siglo, Rusia experimentó tres impresionantes choques sistémicos. En primer lugar, el abrupto final del imperio zarista (1917), sustituido por la dictadura igualmente brutal del proletariado, bajo la tutela de hierro de los sóviets. Las colonias penales del imperio fueron reemplazadas por el gulag de los rojos. A continuación, llegó el baño de sangre de la Gran Guerra Patriótica* contra el Reich hitleriano (1941-1945). Este conflicto

* Gran Guerra Patriótica, o Gran Guerra Patria, es el nombre que dan los rusos a la Segunda Guerra Mundial.

dejó veinticinco millones de muertos entre la población soviética, en su mayoría civiles. Esa tragedia es poco conocida por la opinión pública occidental, pero es fundamental para entender la psicología histórica de los rusos de hoy, incluyendo la de Putin. Su historia familiar está íntimamente ligada al calvario vivido durante el sitio de Leningrado. Finalmente, su trayectoria personal se imbrica con la agitación que acompañó el colapso del Imperio soviético (1986-1991) y la década de ajuste subsiguiente. En ese lapso, Putin, al igual que al menos tres generaciones de rusos, sufrieron la pérdida de todos sus puntos de referencia fundantes y estructurales.

Hacia el interior del país, el impacto de la desaparición de la Unión Soviética produjo ante todo la implosión de la sociedad, que de pronto se vio sometida al descalabro de un país que había perdido su brújula: desorganización administrativa, económica y social, saqueo descarado de las riquezas del país, repliegue sobre sí misma de una parte de la sociedad justificadamente paranoica, consumo desenfrenado de alcohol y, sobre todo, una oclusión total del futuro. Una de las características dominantes de ese período fue una abrupta caída sin precedentes de la población rusa. “El desorden está en las cabezas”, había escrito proféticamente el autor Mijaíl Bulgakov, autor de *Corazón de perro*.

Más allá de las fronteras, los diez años que siguieron a la disolución de la Unión Soviética y de su brazo armado, el Pacto de Varsovia, también son una pesadilla para los patriotas rusos. Son años marcados por un enorme repliegue geopolítico: en cuestión de meses, Rusia pierde casi 5 millones de kilómetros cuadrados de territorio, casi ocho veces la superficie de Francia, ¡y cincuenta millones de ciudadanos! Ya debilitado por la prolongada agonía del sistema colectivista soviético, y finalmente vencido por la eficacia del modelo liberal occidental, el poderío diplomático y militar de

Rusia cede terreno irremediabilmente. El retroceso es generalizado, y hay todo un pueblo que lo vive como una humillación histórica sin precedentes para su país.

La parálisis interior y la impotencia exterior signan la década de 1990 y serán terreno fértil para el surgimiento de Vladimir Putin y de ese abrumador anhelo popular de renovación que lo sostiene en el poder desde el año 2000.

Cada entrevista, cada discurso de Putin reafirman el peso que tiene la historia de su país en todas y cada una de sus decisiones. Ya sea que manipule o no esa historia en beneficio propio, tentación de todo dirigente político en cualquier país del mundo, ya sea o no sincero en su deseo de levantar el país para las generaciones futuras a costa de los grandes sacrificios actuales, lo que es indiscutible es que el presidente de Rusia es heredero de esa historia. Putin es la encarnación perfecta de esa “nostalgia activa” tan presente en muchos rusos, y no solo en los intelectuales.

Putin nació a la política en Leningrado, que en 1991 recuperó el nombre de San Petersburgo, ciudad que por su particular historia y situación geográfica siempre ha alimentado la imaginación y el orgullo de los rusos. Y ese fue el caso del joven Volodia, diminutivo de Vladimir. Nacido en el corazón de la ciudad de Pedro el Grande el 7 de octubre de 1952, es un hijo emblemático de esa ciudad que se quiere la más bella de todas las Rusias, un estatus que nadie se atreve a disputarle, salvo tal vez algunos moscovitas. San Petersburgo es una ciudad de desafíos, pero de la que sus habitantes hablan con amor. Erigida de la nada sobre inhóspitas marismas, en su origen San Petersburgo fue ante todo un formidable desafío a la naturaleza, una apuesta prometeica a las capacidades del hombre y de su técnica para modificarla. Esa es la historia que aprenden

todos los niños rusos en la escuela: San Petersburgo es la idea de un obstinado visionario, Pedro el Grande, emperador ruso, hombre de poder y creador de portentos. Putin lo admira desde siempre. Le gusta reconocerse en él e identificarse con su destino, como queda demostrado en una de sus primeras y muy simbólicas decisiones públicas. A su regreso de Alemania Oriental, en enero de 1990, Putin es destinado a la alcaldía de “Peter”, como le dicen los rusos a San Petersburgo. Allí se instala, en el inmenso y magnífico palacio Smolni, a la sombra de los campanarios acebollados del monasterio que lleva su nombre. Las oficinas han sido vaciadas. El anterior equipo de *apparátchiks* comunistas ya desalojó las instalaciones, llevándose todo el mobiliario y los equipos que todavía servían. Pero en las paredes dejaron todos los viejos cuadros en su lugar, los retratos de Lenin y las alegorías soviético-patrióticas fabricadas en serie que ya no le interesan a nadie. Bajo el antiguo régimen, los jefes de servicio tenían derecho a tener dos retratos, los de Lenin y Kirov, y los subalternos solo uno, el de Lenin. Con la llegada del nuevo alcalde liberal, Anatoli Sobchak, ya no hay ni obligaciones, ni interdicciones. Lenin y Kirov van a parar a la basura. Pero en esos muros pintados de un amarillo que con el tiempo y el polvo se ha vuelto gris, se destaca la silueta clara del lugar que ocupaban los retratos. La mayoría de los empleados cuelga una foto de Boris Yeltsin, nuevo líder de Rusia. Pero Putin no. Cuando le llega el turno de ocupar su lugar, los empleados le preguntan qué retrato quiere colgar. “¡El de Pedro el Grande!”, responde sin titubear el flamante asistente. Al día siguiente, el servicio técnico le propone dos retratos de Pedro Alexéievich Romanov, “primer emperador de todas las Rusias”. El primero es un grabado romántico del zar en su juventud, en los albores de su reinado, y el otro es uno de sus últimos retratos, donde se lo ve más viejo, preocupado, tras haberse embarcado

ya en tantas reformas que dejaron sentadas las bases del Imperio ruso. Y es este último el elegido por Putin, una elección que lejos está de ser inocente. Grande tanto físicamente (medía 2 metros de estatura) como por su obra, Pedro I fue un constructor, un reformador, un conquistador. Con ese retrato, Putin le rinde homenaje al emperador visionario que en 1703 fundó “su” ciudad, al que llevó al Imperio ruso a un nivel sin parangón. Se trata de una elección simbólica, ya que entonces nadie sabía que a la Unión Soviética no le quedaban más que unos pocos meses de vida y Putin no era más que un minúsculo engranaje de la burocracia municipal de Leningrado. La presencia tutelar de Pedro el Grande anuncia la formidable carrera del joven Volodia, cuando haya cambiado la ribera del río Nevá por la del Moscova.

Pedro el Grande advirtió, como lo haría más tarde Putin, que Rusia necesitaba abrirse, salir a buscar conocimientos y habilidades en otras partes. Seducido desde muy temprana edad por la riqueza artística y técnica de Europa, Pedro trajo a su corte a artistas y técnicos venidos de Europa, e incluso él mismo fue a trabajar de incógnito en los talleres mecánicos de Inglaterra, Alemania y Holanda, para adquirir los conocimientos técnicos de Occidente.

Algo bastante parecido a un agente infiltrado que roba los secretos tecnológicos del enemigo... Un derrotero que debe haberle resultado muy seductor a quien es funcionario de la KGB durante quince años. Así como hará Putin con los oligarcas, Pedro el Grande también aumenta fuertemente los impuestos de los más ricos de la Rusia de su época, imponiéndoles una tasa especial de 100 rublos anuales frente a un solo kopek que pagaban el resto de sus súbditos.

Otra similitud entre Putin y Pedro el Grande que atraviesa los siglos: una política exterior de presencia sostenida, con una

reafirmación internacional de Rusia apoyada en su renovada capacidad militar y tecnológica. Bajo Pedro I, el Imperio ruso interviene en el exterior, contra los turcos, y se convierte en una potencia europea relevante. Ese es exactamente el proyecto de Putin; eso es lo que él quiere que Rusia vuelva a ser. El emperador no concebía el destino de su país sin una apertura al mundo, aunque más no fuese para zafar de la constringente tenaza de sus poderosos vecinos, el Imperio sueco y el Imperio otomano. El actual presidente multiplica sus iniciativas hacia Europa, hacia Oriente Medio (Irán y Siria) y hacia China, para escapar del encierro impuesto por la OTAN y los Estados Unidos, y que estaría amenazando a su país.

Ese impulso de apertura al mundo es el que origina la creación de numerosos puertos y nuevas vías marítimas, de la marina imperial y de la primera base naval rusa (1698), y de la fundación de San Petersburgo (1703), emplazada en un lugar que en invierno no se congela y con fácil acceso al golfo de Finlandia. Las obras fueron titánicas. Arrebatada a las inmensas orillas cenagosas del Nevá, San Petersburgo fue construida con un costo financiero y humano fabuloso. Pedro I no piensa en gastos, ni de dinero ni de sangre. Según las fuentes, las obras se cobraron la vida de entre 100.000 y 150.000 personas, víctimas de accidentes, de inundaciones, del frío glacial en invierno y de las fiebres pestilentes en verano. La construcción de la ciudad avanza sobre el pantano, pero también sobre las finanzas del Imperio. Tres años de reclutamiento incesante de decenas de miles de siervos, de carpinteros y de albañiles conlleva una baja de la producción agrícola de todo el país. Pero los rusos actuales están orgullosos de esa epopeya de “Sankt-Petersburg” (en alemán), la “ciudad de San Pedro”, capital del Imperio desde 1712 hasta 1917, una historia que se enseña en todas las escuelas.

Putin había comprado su primer departamento del otro lado del Nevá, en el corazón de la isla Vasilievski, una de las cuarenta y dos leguas de tierra sobre las que se yergue la ciudad. Durante seis años, de 1990 a 1996, camino del palacio municipal, Putin también pasará casi todos los días frente a la colosal estatua de Pedro I esculpida por Étienne Falconet en homenaje al zar-constructor. Ese es su modelo, en muchos sentidos.

La historia, el destino y las tragedias de San Petersburgo dieron forma al carácter y la sensibilidad de Vladimir Putin, quien se nutrió del lenguaje de sus calles, un lenguaje que a veces asoma en esas declaraciones hechas al pasar y que hacen que los rusos de a pie se sigan identificando con él. Además, Putin aprendió sobre todo esa claridad para expresarse que los rusos les reconocen especialmente a los habitantes de “Peter”, que saben mejor que nadie cómo traducir en palabras y frases simples las cuestiones más complejas. Esa doble facilidad de expresión le serviría más tarde en su carrera política, para seducir y convencer a la opinión pública. “A diferencia de Gorbachov, a quien había que reescribirle todos los textos, en los discursos de Putin no hace falta corregir una coma”, comenta un ex miembro de su gabinete. Sus expresiones llenas de imágenes brutales destinadas a sus compatriotas, sus respuestas directas incluso a otros líderes del mundo, son manifestaciones de esa particular cultura de la antigua capital de los zares. Su célebre “Y si encontramos terroristas en el baño, los liquidaremos en el baño” no es un lenguaje aprendido de los comunicadores políticos. Es el idioma directo y brutal del patio de su casa familiar y de su escuela, en la calle Baskov, o de su club de deportes, sobre la calle Kondratievski, una zona industrial perdida en el noroeste del Nevá. Son también palabras y un tono que se entiende de inmediato en

la fábrica metalúrgica Egorov, donde trabajaba su padre, así como en todas las fábricas del país, en la sede de la KGB en Leningrado y en todas las demás guarniciones militares de la inmensa Rusia.

San Petersburgo dio forma a Putin imprimiéndole también la cultura del *dvor*, término que designa el patio interior y común de los edificios de departamentos, separado de la calle por un largo pasadizo de techo bajo. Allí, todo el mundo se conoce. Cada uno sabe los orígenes de su vecino, cómo vive y con quién. Ese ambiente comunitario, duro y fraternal, dejó su marca en Vladimir Putin. Es un tema sobre el que Putin ha vuelto en numerosas ocasiones, especialmente en la larga entrevista personal que le hicieron tres periodistas rusos en Moscú entre febrero y marzo de 2000 y que sirvió de base para el retrato autobiográfico publicado con el título de *First Person*.

El joven Volodia pasaba del glacial departamento comunitario del quinto piso, sin agua caliente ni baño propiamente dicho, al *dvor* de la planta baja, igualmente comunitario. Los dos patios adyacentes al del número 12 de la calle Baskov, barridos por ráfagas heladas en invierno, fueron su universo de juego. Allí pasaba sus días. “Era nuestro refugio de confianza”, recuerda Putin. Ahí es donde afirma su personalidad, forja su carácter y endurece sus puños. Y ahí es donde se demoraba cada vez que llegaba tarde a clase, en la escuela primaria que quedaba a menos de cien metros de su casa.

Su madre le impedía salir de ese patio. Lo vigilaba desde la ventana del quinto piso para verificar a intervalos regulares que no escapara: “Volodia, ¿estás ahí?”. Y él respondía, obediente, un poco atemorizado por el barullo de la calle, ahí, a dos pasos de distancia. Se aventuró una sola vez, junto a algunos compañeros de juego, y en pleno invierno. Querían ver la naturaleza, los animales, ¡ya

mismo! Para muchos rusos, ese retorno regular a la naturaleza es un tropismo atávico que en Putin vuelve a confirmarse en la adultez, con su gusto por los “fin de semana de fogata” en medio de la taiga, que evidentemente su equipo de comunicación se ocupa de armar y difundir. Como sea, los niños se escaparon y se subieron a un tren rumbo a lo desconocido. Perdidos, helados, hambreados, volvieron a casa. “Nos dieron con el cinto –recuerda Putin–. Y nunca más se nos ocurrió encarar otro viaje de ese tipo”.

En el universo del *dvor*, la ley la imponen los más grandes, y los más chicos la sufren a la espera de crecer y que les llegue su turno. A los diez años de edad, Volodia se convierte en el “líder tácito” de su clase, hecho que lo ayuda a soportar la escuela, donde no se siente a gusto. “No intentaba dirigir a los demás –recuerda Putin–. Para mí lo más importante era preservar mi independencia. Si tuviese que compararlo con mi vida adulta, diría que cumplía un rol más judicial que ejecutivo. Y mientras fue así, me encantó la escuela”.

De la cultura del *dvor*, Putin conservó la camaradería, el gusto por el clan, donde la solidaridad se pone a prueba en los combates librados codo a codo contra los otros *dvor*, un sentimiento de desconfianza instintiva hacia todo aquello que no viene del patio propio. Hizo de eso una fuerza para el ejercicio del poder, sobre todo ante la adversidad, acostumbrado a trabajar con el estrecho círculo de los amigos más fieles. Y también ha sufrido los efectos de ese hábito, rechazando o ignorando el talento externo que podría haber incorporado a sus equipos. Más tarde, en el yudo, durante sus estudios de Derecho, en su paso por la KGB o a través de su trabajo en la alcaldía de San Petersburgo, Putin irá ampliando su círculo íntimo, pero al fin y al cabo no tanto. Sigue cerca de sus viejos amigos de la KGB, y sobre todo de su círculo de San Petersburgo, que se fue construyendo a dos tiempos, primero como estudiante y fugaz asistente del

rector de la Universidad, y sobre todo más tarde, durante los seis años que pasó en el seno de la administración municipal, de 1990 a 1996.

Vladimir Putin nació y vivió durante un cuarto de siglo en un cuadrilátero de seis kilómetros por cuatro, sobre la ribera del poderoso Nevá. Sus raíces familiares están ahí, entre el departamento comunitario de veintiocho metros cuadrados de la calle Baskov, infestado de ratas, donde había que compartir cocina y baño con otras cinco personas, y el magnífico palacio Smolni, que marca el apogeo de su carrera política en la ciudad, antes de su partida hacia otro palacio aún más impresionante: el Kremlin de Moscú. ¿Cuál es la imagen del mundo que ve el pequeño Volodia al salir de ese estrecho patio donde pasó su infancia, en un departamento comunitario del quinto piso de uno de esos edificios-pozo del centro de la ciudad? Al salir, a apenas quinientos metros del sombrío pasadizo de entrada a su *dvor*, se encuentra la prestigiosa avenida Nevski. Esa célebre avenida será su primer terreno de exploración, así como los tranquilos muelles sobre el río Fontanka, ese “canal de fuentes” del que sacaban agua los habitantes de Leningrado durante el sitio de los nazis. La avenida del Nevá, sus extensas veredas salpicadas de vidrieras, le ofrecen un buen adelanto de esa gran ciudad comercial e industrial. A lo largo de casi cuatro kilómetros, desde el Almirantazgo hasta la Estación Central de Moscú, y desde el Palacio de Invierno hasta el Monumento a los Héroes de Leningrado, el joven Putin puede admirar la formidable vidriera del pasado ruso, un paseo por las glorias y riquezas de la época de los zares, los sobresaltos violentos de la revolución que comenzó en esta ciudad, y las grandes etapas de la consolidación del régimen bolchevique. Los palacios, las iglesias, las grandes galerías comerciales, las casas de escritores

célebres, como las de Dostoievski y Gorki –lamentablemente desaparecidas en 2011 debajo de un enorme proyecto inmobiliario–, son las imágenes de ese formidable libro de historia, coronado, casi en su centro, por el monumento a la gloria de Catalina la Grande emplazado en 1873.

Ya fuese camino de la escuela, o más tarde rumbo al liceo del número 14 de la avenida Sovetski, o en el trayecto hasta su club deportivo sobre la orilla opuesta del Nevá, o camino de la metalúrgica Egorov donde trabajaba su padre, o años más tarde, en su caminata diaria hasta la alcaldía, Putin vio desfilar la historia gloriosa o trágica de su país. De eso se nutrió de niño, de adolescente y de adulto. Tanto el pequeño Volodia que corre a la Escuela Primaria 193 en el número 8 de la calle Baskov, como el Vladimir ya vicealcalde de San Petersburgo que trabaja entre los vetustos oropeles del antiguo Instituto Smolni, Putin está inmerso en esa historia. En el palacio Smolni, ese bello edificio de estilo paladiano otrora reservado a la educación de las hijas de la aristocracia, Putin se encuentra efectivamente en el corazón de la epopeya revolucionaria que puso fin al orden imperial. Es en Smolni donde se instala el primer Sóviet de Petrogrado para dirigir la insurrección bolchevique de octubre de 1917. Desde allí comandó Lenin el asalto al Palacio de Invierno, y fue ahí que el Partido Comunista instaló años más tarde su sede en la ciudad. También fue ahí que Putin meditó sobre el destino de algunos héroes soviéticos, sobre la fuerza de las oposiciones “entre camaradas”, sobre el grado de violencia que puede suscitar un régimen que se aleja progresivamente de la realidad. En la década de 1930, Kirov, cuyo verdadero nombre era Serguéi Mironovitch Kostrikov, tenía su despacho a dos pasos de distancia del de Putin. Rival demasiado popular de Stalin, Kirov fue asesinado de un tiro en la nuca por un joven militante comunista el

1º de diciembre de 1934. Ese magnicidio fue el desencadenante de las terribles purgas estalinistas que siguieron, ese terror de masas que continúa siendo una de las manchas más sangrientas de la historia del comunismo soviético, ese régimen que el actual presidente ruso pide juzgar “con sus luces y sus sombras”.

Vladimir Putin también está indirectamente ligado a la historia del Partido Comunista por parte de su abuelo, un cocinero de Pominovo, una modesta aldea al sudeste de Moscú. Conocido y apreciado, a partir de 1918 el abuelo de Putin se convirtió en cocinero personal de Lenin, tras la decisión de los soviéticos, el 12 de marzo de 1918, de transformar a Moscú en capital de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, luego también capital de la Unión Soviética, a partir del 30 de diciembre de 1922. Con la muerte de Lenin, el abuelo Putin no solo no abandona la cocina del poder, sino que pasa al servicio de Stalin, donde logrará evitar las purgas hasta retirarse a un asilo del Partido en la localidad de Ilinskoie. El niño Volodia lo iba a visitar a Pominovo. Su padre, Vladimir Spiridonovitch Putin, nacido en 1911 en San Petersburgo, había sido evacuado a esa ciudad junto a su familia tras la Primera Guerra Mundial, para que no murieran de hambre. Allí conoció a su futura esposa, Maria Ivanovna Chelomova. Ya presidente, Putin regresó varias veces a la ciudad de sus abuelos, donde incluso celebró la Navidad en 2011.

Cada mañana, al llegar a la Municipalidad de San Petersburgo, Putin y sus amigos pueden abarcar con una sola mirada la increíble síntesis histórica que les ofrece la arquitectura del Smolni, notablemente bien conservada. A un lado y otro del monumental ingreso, detrás de las columnas, grandes inscripciones en bronce reciben aún hoy a los visitantes con estas palabras: “Proletarios del mundo,

únanse”, “El primer sóviet de la dictadura del proletariado”. Más alejados, en el parque, los bustos enfrentados de Marx y Engels frente a una estatua de Lenin, como si nada hubiese cambiado tras la caída de la Unión Soviética. A la izquierda, detrás de los árboles, el espléndido convento de Smolni, joya del barroco ruso, coronado por las cúpulas doradas de la Catedral de la Resurrección, encomendada al arquitecto italiano Rastrelli, también constructor del Palacio de Invierno. Todo el lugar está impregnado del recuerdo de Isabel Petrovna Románova, hija del emperador Pedro el Grande y futura emperatriz de Rusia.

Gran deportista y futuro campeón de yudo, Putin entrena regularmente en la escuela deportiva de la avenida Komdratievski, en la vieja zona industrial que bordea la estación del noreste. Para llegar hasta allí, Putin atraviesa la avenida Nevski, el Almirantazgo, el Palacio de Invierno, la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, es decir, el célebre panorama turístico de San Petersburgo completo. A continuación, el tranvía o el ómnibus atravesaban una zona de depósitos, fábricas y estacionamientos. Ese decorado industrial de una era pasada parece una imagen fija de la Rusia soviética de los años cincuenta. Hasta las personas, vestidas de gris o de marrón, con una bolsa de plástico en la mano, parecen actores salidos de una serie de televisión de Alemania Oriental.

Un evento histórico de grandes proporciones marcó a fuego al niño y al joven Putin: la trágica epopeya del sitio de Leningrado, que se extendió desde diciembre de 1941 hasta enero de 1944. Sin duda es uno de los episodios históricos que más se enseña en las escuelas rusas: el heroísmo de sus mayores durante la Gran Guerra Patriótica, la victoria rusa y la retirada de las fuerzas alemanas. Pero en Leningrado-San Petersburgo, ese tema es bastante más que un

hecho histórico. Todos sus habitantes, salvo los que llegaron después de 1945, han tenido algún pariente atrapado en la ciudad durante esos 872 días de sufrimientos y de combates. Los relatos familiares, las entrevistas que se difunden año a año, los monumentos, las placas conmemorativas y el gran Museo Memorial de la Defensa y Sitio de Leningrado, que se yergue al costado de la ruta que conduce al aeropuerto, son un recordatorio permanente de lo que fue esa resistencia sin calefacción ni alimentos, la movilización de milicias populares, la fabricación ininterrumpida de tanques, de cañones, de municiones, y todo a pesar de los bombardeos. El costo de la victoria rusa fue atroz: sobre un total de 3 millones de habitantes, en el sitio de Leningrado murieron 1,8 millón de rusos, más de 1 millón de ellos civiles, y la mayoría de ellos muertos por la hambruna, a pesar de la frágil “ruta vital” que lograron mantener hasta el lago Ladoga, helado en invierno. Por el contrario, los alemanes perdieron 200.000 soldados. Esa resistencia y esa victoria hicieron que el país entero se encolumnara detrás de la figura de Stalin.

Todos los leningradenses conocen y relatan la increíble noche del 9 de agosto de 1942, fecha prevista por Hitler para la toma de la ciudad. La orquesta de la radio de Leningrado, reforzada por soldados para cubrir los vacíos dejados por los músicos muertos, interpretó la Sinfonía N° 7 de Dmitri Shostakóvich, compuesta un año antes en homenaje a la ciudad y sus habitantes. La partitura había sido arrojada sobre la ciudad desde un avión cinco meses antes y los músicos la habían ensayado. Los altoparlantes diseminados por toda la ciudad transmitieron el concierto, que podía escucharse incluso desde las filas alemanas. Para los rusos, ese episodio marcó el cambio psicológico que les devolvió el ánimo de victoria.

La historia del sitio de Leningrado también se imbrica en la saga familiar de Putin. En 1932, los padres de Putin vuelven con sus dos hijos, Viktor y Oleg, a la localidad de Peterhof, a unos 25 kilómetros del centro de Leningrado. Allí la desgracia se abate sobre la familia: Viktor muere a temprana edad, y en marzo de 1943, la epidemia de difteria se cobra la vida de Oleg, el otro hermano. Vladimir nunca llegó a conocerlos. Último hijo de la familia –su madre lo tuvo a los cuarenta y un años–, Vladimir fue criado como hijo único. Cuando su padre va a la guerra, su madre, obrera de fábrica, se queda sola, y debe abandonar Peterhof ante el persistente bombardeo alemán. La “Versalles rusa”, célebre por su castillo construido por Pedro el Grande, sufrirá graves daños. Su hermano le da refugio: funcionario del Estado Mayor de la Flota instalada en el palacio Smolni, está en condiciones de alimentarla, pero se encuentran al borde de la hambruna.

Los padres de Vladimir Putin escaparon ambos de la muerte y de manera rocambolesca. Destinado en una unidad de sabotaje del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) en la retaguardia enemiga, un día su padre debe tomar parte de una operación en Estonia. Denunciado por los lugareños, perseguido por los alemanes, salvará su vida sumergiéndose en una laguna y respirando por una caña ahuecada hasta que los perseguidores y sus perros hayan pasado de largo. Junto a otros tres soldados rusos, serán los únicos sobrevivientes de una unidad de veintiocho hombres. La madre de Vladimir, Maria, estuvo a punto de morir de hambre cuando su hermano marino debió partir en misión, dejándola sin sustento. Al borde de la inanición, pierde el conocimiento. Al igual que el resto de las víctimas de la hambruna, su cuerpo es arrojado por los vecinos sobre una pila de cadáveres que la tierra congelada impide enterrar. Se despierta de casualidad, gime, y es rescatada.

Esas dos historias marcan a fuego al pequeño Volodia, al igual que aquel combate durante el sitio en el que su padre resultó gravemente herido al defender una franja de tierra indispensable para la comunicación entre las líneas de defensa soviéticas. Ese corredor se mantuvo abierto a costa de miles de muertos rusos. Un valiente soldado salva al padre de Putin, lo carga sobre sus hombros para cruzar el hielo del Nevá congelado y logra llevarlo hasta el hospital de Leningrado. Quedó rengo por el resto de su vida. “Creo que en las guerras siempre hay muchos errores –comentaba Vladimir Putin en 2000 al reflexionar sobre el interés detrás de tales sacrificios–. Es inevitable. Pero cuando uno está combatiendo, si se pone a pensar que todos los que están alrededor están cometiendo errores, entonces es imposible ganar. En esos casos hay que tener una actitud pragmática. Y no hay que dejar de pensar ni un instante en la victoria. Y ellos pensaban en la victoria”. Pragmatismo: palabra clave de la psicología de Putin.

La epopeya familiar de los Putin no termina ahí. Internado en el hospital, el padre desvía sus raciones de comida para alimentar a su esposa, siempre subalimentada. Los médicos y las enfermeras no entendían por qué ese soldado herido tardaba tanto en curarse. Le prohíben recibir visitas de su mujer hasta no haberse recuperado por completo. Ambos padres logran sobrevivir a la guerra y al sitio de la ciudad. Vuelven a trabajar: él como obrero metalúrgico en la célebre fábrica Egorov, sobre la ruta que conduce a Moscú, donde Lenin anunció en 1917 los objetivos de la revolución; ella como portera, luego repartidora, más tarde como personal de limpieza de un laboratorio. Vera Dimitrievna Gurevich, maestra de Putin en la Escuela Primaria 193 de la calle Baskov, años más tarde describirá a Maria como una gran trabajadora, una mujer valiente con un corazón de oro. Siete años después del fin de la guerra y alojados por la fábrica

Egorov en un *kommunalka*, el departamento comunitario de la calle Baskov, los Putin reciben a su pequeño hijo Volodia, ese hijo único de mirada triste que se convertiría en el máximo líder de Rusia.

Los gustos, el carácter, el imaginario de Vladimir Putin se forjaron en San Petersburgo durante los primeros veinticinco años de su vida, y más tarde, tras el intervalo de cinco años en Alemania Oriental, durante los casi seis años que pasa en la alcaldía de la ciudad, antes de su partida a Moscú, ciudad de la que casi no se ha movido desde 1996. De niño, de adolescente, de estudiante, de adulto joven, la vida de Vladimir Putin se armó en esa ciudad hecha de belleza y decrepitud. Sin ser siempre consciente de ello, ese fuerte carácter histórico de “Peter” le fue dando a Putin la medida de la historia trágica y contrastante de su país, de ese doble legado imperial –el zarista y el soviético–, las más de las veces asociado a una imagen de poderío y de respeto. En San Petersburgo, más que en ningún otro lugar de Rusia, los rusos conservan esa filiación particular que asocia el imperio de los zares con el régimen soviético, un mismo impulso en el que se mezclan el esplendor y la miseria, el heroísmo y la degradación. Esa bivalencia está en el centro de ese particular código mental y político que estructura la mentalidad de los rusos de hoy, empezando por Putin mismo, autor de la célebre fórmula: “Quien no lamenta la desaparición de la Unión Soviética no tiene corazón; quien anhela su restauración, no tiene cabeza”. Excepto por los últimos nostálgicos del orden comunista, sin duda la mayoría de los rusos se identifican con ese aforismo.

A medida que el joven Putin va creciendo, el *dvor* de la calle Baskov va perdiendo su encanto. Esas actividades y esos juegos se vuelven insuficientes para un joven ávido de nuevos espacios y mayores

desafíos. En la escuela, se aburre. Se convierte, como él mismo dice, en el “alumno terrible y despreocupado de la clase”. Pasa por desordenado, distraído, payaso. Sin duda eso explica que no haya sido aceptado en el Movimiento de Pioneros al que solían sumarse los jóvenes soviéticos de su edad. “Era demasiado charlatán”, reconoce Vera Gurevich, su maestra durante cuatro años. Volodia solo manifestaba interés en las clases de alemán. La lengua de Goethe siempre le gustó. Captaba todo al vuelo, aprendía rápido, retenía bien, gracias a una buena memoria que su maestra detectó de inmediato: “Sentí que tenía potencial, energía, carácter. Me di cuenta de que lograría algo en la vida. Decidí prestarle más atención y lo instaba a no juntarse en la calle con otros muchachos”.

Es justamente la época en que Volodia empieza a sentirse ahogado en el *dvor* familiar. La madre pierde autoridad sobre su amable hijo, que se vuelve cada vez más reservado. Rehúye a su padre, al que admira, pero que no manifiesta por Volodia el menor cariño y cuya severidad impresionaba incluso a las maestras de la Escuela 193. Con los años, Vladimir se fue imponiendo. El pequeño jefe del patio de juegos pasó a ser patrón de la vereda, camorrero, defensor a ultranza de su territorio y garante de la seguridad de todos los que se ponían bajo su autoridad. Ese hijo único encuentra una nueva fraternidad en la compañía de los hermanos Kovshov, dos vivillos del barrio con quienes sale a rodar, a explorar los techos y los galpones del lugar. Años más tarde, en 2000, Putin recordará aquella época con bastante lucidez: “Yo era un bandido, no un Pionero. Era realmente un mal chico”.

Sin embargo, el terminar la secundaria, logra ser integrado al Movimiento de Pioneros, aunque bastante tarde en comparación con otros de su edad. Con el espaldarazo que significa el impresionante entorno de la casa de Lenin, Putin llega rápidamente a

jefe del Consejo de su unidad. Algo ha cambiado en él, claramente. Abandona el Crystal Club de su colegio, donde sus compañeros iban a bailar y escuchar música. Se niega a aprender a tocar el acordeón como su padre, quien hasta le ofrece darle algunas lecciones. Pero se las ingenia con la guitarra, y como todos los jóvenes rusos de su generación, adora cantar las canciones humanistas de Vladimir Visotski, canciones sobre el amor y la vida cotidiana. Visotski no era un artista oficial, y eso le garantizaba el éxito entre los jóvenes. Ninguna de sus canciones estaba autorizada por el Partido ni había sido editada en la Unión Soviética, al menos hasta 1980, fecha de la primera autorización gubernamental. Pero sus grabaciones circulaban clandestinamente de mano en mano, un mínimo regusto a libertad en una Unión Soviética todavía férreamente encorsetada por el Partido Comunista.

Vladimir Putin cambió porque se fijó un objetivo. Lo recalcan sus allegados: “Había entendido que tenía que hacer algo con su vida –dice la maestra Gurevich–. Sus notas empezaron a mejorar. Todo le resultaba fácil”. Y ese objetivo lo había encontrado en una pasión que llevaría muy lejos: el deporte, y más precisamente, las artes marciales, sobre todo el yudo: “Quería probarme cosas a mí mismo, quería lograr algo”. Al principio, cuando tenía alrededor de once años, lo que Volodia quiere es aprender a defenderse mejor. Es más bien bajo –de adulto, su estatura es de 1,70 m–, y bastante menudo. Toma la decisión: “No bien se me hizo evidente que mi naturaleza belicosa no alcanzaba para asegurarme la corona en el patio familiar ni en el patio de recreos, decidí aprender a boxear”. La experiencia resultó breve y dolorosa. Le rompen la nariz y debe abandonar el box. Le duele terriblemente, pero se niega a ir al médico, convencido de que se curará solo. El joven Volodia aprende a valerse por sí mismo, un rasgo de carácter que acentuará en la adultez.

Obligado a dejar el box, sigue queriendo sin embargo aprender a luchar. Primero explora el “sambo” (sigla rusa de “autodefensa sin armas”), una mezcla de yudo y lucha creado por tres militares rusos en la década de 1930; uno de ellos, Viktor Afanasevich Spiridonov, “padre del sambo”, era muy bajo de estatura. El espíritu de ese deporte le gusta al joven Putin: el objetivo es neutralizar o someter al adversario. A diferencia del karate, un deporte que comenzaba entonces a penetrar en Rusia, los recintos de práctica del sambo y del yudo son gratuitos. Para Volodia, el karate es puro ballet, cuando lo que él busca es el contacto, para que haya “sudor y sangre”. Rápidamente y por consejo del entrenador del club deportivo Trud donde asistía, Anatoli Solomonovich Rajlin, se vuelca al yudo, una disciplina en la que va a obtener sus primeros triunfos en competición, apenas un año o dos después de haberse iniciado. Putin se convierte en un campeón reconocido de yudo cuando todavía no era más que un modesto estudiante, y mucho menos ese presidente temido que a veces se sube al tatami frente a las cámaras para enfrentar a contendientes catatónicos de miedo.

Con el yudo, su vida da un giro y su carácter se afirma. Gana confianza en sí mismo. Gracias a su maestro, Vladimir Putin forja para su vida adulta una concepción totalmente marcial de las relaciones humanas, una cierta capacidad para el enfrentamiento físico y psicológico que años más tarde le servirá en la relación con sus adversarios políticos. Practicado a muy alto nivel –Putin se consagra campeón en Leningrado en 1976–, el yudo le confirió un agudo sentido táctico que sorprenderá a tantos de sus interlocutores en la escena de las relaciones internacionales. Un sentido que actualmente le permite sopesar al otro y actuar sin revelar jamás sus puntos débiles ni sus verdaderos pensamientos.

“Anatoli Solomonovich tuvo un rol decisivo en mi vida –decía Putin en 2000 en reconocimiento a su maestro–. De no haberme comprometido con el deporte, no estoy seguro de hacia dónde habría girado mi vida. Fue el deporte el que me sacó realmente de la calle. Para ser honesto, el *dvor* no era precisamente el mejor entorno para un niño”. El yudo fue su verdadera escuela de valores. Allí entrenaba brazos, piernas y cerebro: “El yudo es más que un deporte. Es una filosofía. Es el respeto a los mayores y a los adversarios. No es para débiles. El yudo es una escuela para todo”.

Gracias a su club deportivo, Putin descubre un libro que sería fundamental para su educación política: *El libro de los cinco anillos*. Escrito por el japonés Miyamoto Musashi (1584-1645), célebre samurái considerado uno de los maestros de la tradición *bushido* (“el camino del guerrero”), ese tratado de estrategia es también un manual de comportamiento para la vida cotidiana. Ese texto introduce algo así como el camino a la sabiduría a través de la acción, los principios esenciales para ganar: conservar el dominio de sí mismo y buscar vencer sin combatir. Los preceptos de Musashi se siguen enseñando actualmente en las escuelas de comercio de Japón. Vladimir Putin los hizo suyos y los aplica al pie de la letra, ya sea en la negociación como en la acción. También los tendrá siempre en mente durante su etapa de formación en la KGB, donde aprendió los imperativos de comportamiento de un buen oficial de informaciones: “Transformarse en el enemigo”, “Hacer que el adversario pierda su equilibrio mental”, “Generar una cierta tensión nerviosa que impida al adversario estar seguro de sí mismo”, “Neutralizar al adversario directamente, sin dejarlo respirar, evitando cruzarse con su mirada”, “Cuando un combate se traba y no avanza, abandonar la idea originaria, renovarse e imponer un nuevo ritmo. Ese es el camino a la victoria. Cuando todo está

bloqueado con el enemigo, cambiar de inmediato de propósito y buscar otro modo de vencer”.

Instalado en el número 15 de la avenida Kondratievski de San Petersburgo, en el corazón de una zona industrial donde nada parece haber cambiado desde la década de 1960, ni siquiera los viejos tranvías rojos que traquetean con ruido ensordecedor sobre las vías férreas, el club deportivo Trud conserva aún el recuerdo de sus campeones. Vladimir Putin ocupa un buen lugar en esa galería de fotos de cinturones negros, donde es posible reconocer a algunos medallistas famosos. María, la vieja portera del club, sigue recordando a ese jovencito tímido que siempre llegaba tarde y se iba a las corridas. Ella lo retaba como una madre: “Conmigo era más respetuoso que con los fortachones con los que tenía que enfrentarse sobre el tatami”. Hay una foto que se impone sobre las demás: la de Rajlin, ese campeón con cara de emperador romano que fue como un segundo padre para Putin, o más aún, como ese hermano mayor que nunca tuvo. En diciembre de 2010, ya como primer ministro, Putin estuvo a su lado para la apertura de su nuevo complejo deportivo en San Petersburgo. Antes, había entrenado durante una media hora con campeones de yudo, y luego recibió una clase de su antiguo profesor, todo registrado por las cámaras del canal de televisión Pervy Kanal. Durante la entrevista, Rajlin hizo un comentario al pasar: “¡Si todos pudieran luchar como él a su edad!”. Tras batirse sobre el tatami con Putin, el campeón de origen armenio Arsen Galstian lo confirmaba: “Sigue siendo muy fuerte. Uno siente que es un hombre, un hombre de verdad. Tiene manos fuertes”. En esa época, Putin ya preparaba su regreso a la presidencia, en vistas a las elecciones de marzo de 2012. Ese fue el lanzamiento de su campaña de prensa: tras la escena de yudo, los

telespectadores rusos pudieron ver a Putin al mando de un avión cisterna, y luego al volante de un Fórmula 1.

En mayo de 2013, pocas semanas antes de la muerte de su antiguo maestro de yudo, Putin le entregaba a Rajlin la medalla de la Orden del Mérito. Cuando la familia de Rajlin anunció su deceso, Putin les envió a sus seres queridos, entre ellos los hijos de Rajlin, también campeones de yudo, este breve y sincero telegrama, lleno de una empatía muy lejana a sus habituales comunicados oficiales: “Es una gran pérdida, una pérdida irreparable. Era un hombre fuerte, voluntarioso, culto y bondadoso. Era respetado y querido por sus colegas, sus amigos, y por supuesto por sus alumnos, para quienes Anatoli Solomonovich era un verdadero profesor, un mentor atento tanto a las cuestiones deportivas como de la vida de sus alumnos. Su recuerdo quedará grabado para siempre en nuestros corazones”. El 7 de agosto, Putin asistió al funeral de Rajlin en San Petersburgo, junto a otras doscientas personas. Todos los presentes quedaron conmovidos por el dolor de Putin ante la pérdida de su maestro. Al salir de la ceremonia, el gentío le abre paso al presidente ruso, visiblemente emocionado. Putin se aleja, solo, con la cabeza gacha, envuelto en su nube de dolor, mientras sus guardaespaldas lo siguen manteniendo la distancia. Una breve secuencia registrada ese día en video nos muestra la escena: primero lo vemos negarse a subir a la limosina que lo espera con la puerta abierta, luego abandona al pequeño grupo que lo rodea y se sube a la vereda de una calle sin autos, cerrada al tránsito para la ocasión, siempre de espaldas, de cara al viento, ocultando de los asistentes un dolor sin duda difícil de soportar. “Puesta en escena”, clamaron sus opositores. A Putin se lo había visto llorar en público una sola vez, cuando uno de sus compañeros de estudio murió tras un enfrentamiento deportivo. Había sido Putin quien lo había iniciado

y entrenado en el yudo. Durante ese combate que resultaría ser fatal, el joven yudoca cayó mal, sobre la cabeza: dislocación de la columna vertebral, parálisis, y diez días más tarde, la muerte. Para Putin, el shock fue terrible: “Nunca me perdonaré haberle hablado del yudo”.

De la escuela secundaria en adelante, el gusto por el yudo no lo abandonaría jamás. Actualmente, Putin hace menos deporte que antes, pero se obliga a nadar un par de largos al día, sea de mañana o en medio de la noche, en la piscina de la dacha presidencial. Ya en la universidad, en Leningrado, los estudios no lo hacen dejar el deporte. En esa época obtiene su cinturón negro como maestro de sambo, y dos años más tarde, el cinturón negro de yudo, para lo cual debe sumar victorias sucesivas y clasificar siempre entre los tres primeros. Como le sigue gustando tanto la pelea, toma parte en competencias universitarias. En 1976, si bien era un aficionado frente a los yudocas profesionales, a los campeones de Europa y a los medallistas olímpicos, Putin se alza con el título de campeón en el torneo de Leningrado. Uno de esos enfrentamientos por el título de campeón de la ciudad lo marcó por su crudeza: debió enfrentar a Volodia Kullenin, ya campeón del mundo, quien más tarde caerá en el alcoholismo y terminará asesinado en una esquina. Putin logró poner a Kullenin de espaldas sobre el tatami desde los primeros instantes del combate. Ese movimiento es un “ippon”, sinónimo de victoria, pero como el árbitro no quiere interrumpir tan tempranamente ese combate contra el campeón del mundo reinante, solo le adjudica a Putin algunos puntos y no el triunfo. El enfrentamiento continúa y resulta evidente que Kullenin es más fuerte que Putin, al que logra bloquear una y otra vez con una terrible llave de brazo. ¿Acaso Vladimir gimió o gruñó? En yudo, esos sonidos son interpretados como señal de derrota. El árbitro escuchó

un gemido y de inmediato declaró vencedor a Kullenin. “Hasta el día de hoy me acuerdo de ese combate”, comentaba Putin en 2010. Y sobre todo no olvidó la lección: jamás quejarse, jamás admitir la derrota antes de tiempo.

Alumno aplicado y yudoca tranquilo, Vladimir Putin conserva los reflejos de ese patroncito de calle del centro de la ciudad que supo ser. Si es necesario, no duda en irse a las manos. Su amigo Serguéi Rolduguin, solista de la orquesta sinfónica del teatro Mariinski de San Petersburgo, recuerda un incidente callejero muy accidentalizado que compartió con Putin. Estaban esperando el ómnibus en la parada, cuando se les acerca un grupo de estudiantes bastante entonados que pregunta: “¿Te puedo robar un cigarrillo?”. Putin no fuma, su amigo Serguéi tampoco. “No, no puedes”, es la fría y seca respuesta de Putin. La cosa va subiendo de tono. “¿Por qué me hablas así?”, y Putin, “Porque sí”. Lo que sigue es confuso. Uno de los jóvenes habría intentado empujar o golpear a Putin. “Y de pronto –recuerda Rolduguin, futuro padrino de Sasha, la hija mayor de Putin–, vi pasar frente a mis ojos los pies del tipo, que voló por el aire. Putin se giró, me miró y me dijo: ‘Listo, ¡ahora corramos!’ . Me gustó la forma en que se ocupó de esos tipos”. Putin nunca bajaba la cabeza. “Un pitbull”, dicen sus amigos de juventud. Algunos años más tarde, mientras estudiaba en la academia de la KGB en Moscú, vuelve a verse involucrado en una refriega, en esta ocasión, con un punk. Putin logra imponerse, a costa de un brazo roto. Su calma deja atónitos a sus camaradas: siempre logra controlarse. “Demasiado tranquilo”, es incluso el comentario de sus instructores de la KGB, y agregan con un matiz más bien negativo: “Un umbral de peligro muy bajo”. En un agente de inteligencia, se trata de un defecto: “La noción de peligro es muy importante porque desencadena la respuesta apropiada antes de que sea demasiado

tarde”. La sensación de alerta permite desplegar la capacidad de reacción de un agente. “Tuve que trabajar mucho tiempo sobre mi noción de peligro”, reconoce Putin.

Tranquilo pero no sin emociones, Putin se esmera por controlarse en toda circunstancia. Sus amigos recuerdan un noviazgo que tuvo en la universidad con una estudiante de Medicina, cuatro años antes de casarse con Liudmila. Pasaban mucho tiempo juntos, y de pronto, brutalmente, llegó la ruptura. Su amigo Serguéi Roldugin fue testigo de ese romance y de esa ruptura inesperada: “Por supuesto que Vovka sufrió –dice utilizando el apodo de Putin en aquellos años–. Recuerdo que él quedó muy conmovido por la situación, pero simplemente no podía expresar sus emociones”. Por lo tanto, esas emociones se traducen en desbordes que el propio Roldugin le reprocha. Artista y cantante, su amigo sabe cómo controlar los sentimientos e intenta ayudarlo. Pero es un caso perdido: “Era presa de emociones muy fuertes, pero no lograba ordenarlas, darles forma”. Todo cambió después de su salida de la universidad y su traslado a Moscú: “Creo que su profesión le ha cambiado la forma de hablar –prosigue Roldugin–. Ahora es un orador magnífico. ¿Dónde habrá aprendido a expresarse así?”. En la KGB, por supuesto.